

NOVA

ET VETERA, 94

Pensamiento y mundo
monástico

*La santificación del tiempo
en la liturgia*

José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena

Año XLVI

Julio / Diciembre 2022

Separata

La santificación del tiempo en la liturgia

José Antonio Goñi

Para poder comprender cómo la liturgia santifica el tiempo vamos a analizar los tres términos principales del título de este estudio: «santificar»; «tiempo»; «liturgia». Comenzaremos por el «tiempo» para pasar después a «santificar» y concretar ambos en la «liturgia».

1. El tiempo humano

A partir de la experiencia vital, percibimos el tiempo humano configurado por los procesos astronómicos que lo enmarcan en la historia. De modo que nuestra relación con el tiempo es existencial, más allá de que pueda haber una reflexión sobre el tiempo.

No obstante, el intento por comprender el tiempo, su significado, por qué estamos inmersos en un sistema temporal, excede nuestra capacidad. Ya san Agustín, consciente de esta imposibilidad, escribió: «¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé»¹. Así que, no resulta extraño, por tanto, que en algunas culturas de la antigüedad lo consideraran como una de sus múltiples divinidades². Sin embargo, el tiempo no es un dios, sino

1. SAN AGUSTÍN, *Confessiones* XI, 14, 17.

2. Cf. M. L. VON FRANZ, *L'esperienza del tempo. Il dio arcano che presiede alla vita*, Tea Due, Milano 1997, 9.

que ha sido creado por Dios como modo de lo finito. Y Dios coexiste con todo tiempo, lo sustenta y lo dirige.

Partamos, pues, como hemos comenzado diciendo, de nuestra propia experiencia: del tiempo que avanza en nuestra vida.

1.1. Tiempo astronómico

El tiempo astronómico es aquel que rige el cosmos. De la observación de los astros –movimiento del sol, de la luna, de la tierra– surgen diferentes medidas temporales: año, mes, semana, día, hora. En la antigüedad, las diferentes culturas establecieron diversos criterios para su cálculo o para establecer su comienzo y conclusión.

Vamos a exponer la configuración actual, teniendo en cuenta su sustrato judío y greco-romano.

1.1.1. *Año*

Observando el cielo, los cambios de estrellas en el transcurso de los días, el cambio de las estaciones –en aquellos lugares donde las hay–, descubrimos que este ciclo se repite periódicamente. Ciclo que conocemos con el nombre de «año».

El año es el tiempo que tarda la tierra en dar la vuelta alrededor del sol: 365 días, 5 horas, 48 minutos y 45,16 segundos. Para ajustar este dato con un cómputo exacto, un año se considera 365 días, aunque cada cuatro años se añade 1 día al año (bisiesto), salvo los años centenarios (100, 200, 300...) a no ser que sean múltiplos de 4 (400, 800, 1200...).

El año civil comienza en la actualidad el 1 de enero. Aunque no siempre ha sido a lo largo de la historia y en las diferentes culturas. El año hebreo, en la época anterior al exilio, comenzaba en otoño, en el mes de Tisri (cf. Ex 23,16; 34,22); el año nuevo se celebraba junto con la fiesta de las Tiendas para recordar la creación del primer hombre, que, según la tradición judía, ocurrió en otoño. Más tarde, se pasó el comienzo a primavera (marzo-abril), al mes de Nisán (cf. Ex 12,2), quizá por influencia babilónica que tenían fijado en ese mes el inicio de su año religioso; también de la nomenclatura de los meses de Babilonia tomaron el nombre de ese mes, pues previamente se denominaba «Abib» (cf. Dt 16,1; Ex 13,4). Por otra parte, el año civil romano comenzaba inicialmente el 1 de marzo. Sin embargo, a partir del año 153 a.C. los nuevos

cónsules comenzaron o tomaron posesión de su cargo el 1 de enero, considerándose desde entonces el inicio oficial del año en el Imperio romano.

1.1.2. *Mes*

Otro de los fenómenos astronómicos que se descubren de la observación del cielo son las diferentes fases de la luna: nueva, creciente, llena, menguante, que se producen por la traslación de la luna alrededor de la tierra. Un período completo de estas fases fue denominado «mes».

El mes lunar tiene 29 días, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos. Sin embargo, en nuestro sistema temporal actual, el mes ya no corresponde a este mes lunar.

En la antigüedad, para poder ajustar estos 29 días y medio a un cómputo exacto establecieron meses de 29 y 30 días, que discurrían alternativamente a lo largo del año. Así, un año tendría 12 meses, que sumaba 354 por lo que algunos pueblos establecieron la incorporación periódica de un tricésimo mes para ajustar el desfase. Entre ellos los judíos que lo añadían siete veces en un ciclo de 19 años.

Para los judíos el mes comenzaba con la luna nueva.

Y una cuarta parte del mes, más o menos, fue denominada «semana».

1.1.3. *Día*

Al mirar al cielo, vemos cómo sale el sol, va avanzando por la órbita celeste, llega a su cénit, y declina hasta que oscurece. Y, pasada la noche, vuelve a salir. Este arco de tiempo que tarda la tierra en dar una vuelta sobre sí misma, se conoce con el nombre de «día».

En la cultura hebrea el día comienza al atardecer, cuando se ven las primeras estrellas. Así lo leemos en las primeras páginas de la Biblia: «pasó una tarde, pasó una mañana, el día primero... pasó una tarde, pasó una mañana, el día segundo...» (Gn 1,1ss.).

1.1.4. *Hora*

Los romanos dividían el día en dos partes: tiempo de luz y tiempo de oscuridad. Las horas de luz se subdividían en doce partes, llamadas «horas». Estas eran más largas o más cortas según fuera verano o in-

vierno, según hubiera más o menos horas de luz. Las horas de oscuridad se componían de cuatro vigiliat.

Con el tiempo, la subdivisión de las horas de luz se aplicó también a las de oscuridad, dando lugar a las 24 horas en las que dividimos actualmente el día.

1.2. Tiempo histórico

El tiempo histórico es el tiempo de los hombres, el tiempo que surge con el fluir de los acontecimientos, el tiempo que pasa. Este tiempo histórico podemos vivirlo lineal, circular o discontinuamente³.

1.2.1. *Visión lineal*

En una concepción lineal del tiempo este es contemplado como una sucesión de eventos, dando lugar a un pasado, un presente y un futuro. Esto es, se distingue el tiempo actual (presente), del tiempo vivido (pasado) y el tiempo por venir (futuro).

1.2.2. *Visión circular*

El pensamiento griego concibe el tiempo cíclicamente, volviendo continuamente a repetirse. Vuelven las estaciones, vuelven algunos acontecimientos históricos, vuelven las crisis sociales o económicas, vuelven las modas, etc. El tiempo está dominado por la ley del eterno retorno, según la cual los mismos eventos se reproducen una y otra vez, sin tener como objetivo ningún fin. En palabras de Qohelet:

Lo que pasó volverá a pasar; lo que ocurrió volverá a ocurrir: nada hay nuevo bajo el sol. De algunas cosas se dice: «Mira, esto es nuevo». Sin embargo, ya sucedió en otros tiempos, mucho antes de nosotros (Eclo 1,9-10).

1.2.3. *Visión discontinua*

Hoy en día se vive el tiempo de un modo discontinuo del tiempo. Ya no se percibe el tiempo como la memoria de un pasado, la manifestación

3. Cf. O. CULLMANN, *Cristo y el tiempo* (Teología sistemática), Cristiandad, Madrid 2008, 69-80.

de un presente y el diseño de un futuro. Sino que el tiempo se ha convertido en un espacio vacío que debe ser llenado con todo tipo de actividades. Ya no se habla de «tiempo», sino de «tiempos». Se da una fragmentación que cosifica el tiempo. El tiempo está siempre planeado. Y no se deja espacio para que tome protagonismo sus posibilidades relacionales con uno mismo o con otros, o para que despliegue su dimensión de misterio, quedando enjaulado en una comprensión productivo-eficientista.

1.3. Términos para referirse al tiempo en la Sagrada Escritura

En la traducción griega de los LXX y en el Nuevo Testamento encontramos tres vocablos para referirse al tiempo con diferente trasfondo teológico: *chrónos*, *kairós* y *aión*⁴. Todos ellos aparecen en el texto del Eclesiastés, entontrando siempre el término «tiempo» en su traducción:

Todo tiene su momento (*chrónos*),
y cada cosa su tiempo (*kairós*) bajo el cielo:
Tiempo (*kairós*) de nacer, tiempo (*kairós*) de morir;
tiempo (*kairós*) de plantar, tiempo (*kairós*) de arrancar;
tiempo (*kairós*) de matar, tiempo (*kairós*) de sanar;
tiempo (*kairós*) de destruir, tiempo (*kairós*) de construir;
tiempo (*kairós*) de llorar, tiempo (*kairós*) de reír;
tiempo (*kairós*) de hacer duelo, tiempo (*kairós*) de bailar;
tiempo (*kairós*) de arrojar piedras, tiempo (*kairós*) de recogerlas;
tiempo (*kairós*) de abrazar, tiempo (*kairós*) de desprenderse;
tiempo (*kairós*) de buscar, tiempo (*kairós*) de perder;
tiempo (*kairós*) de guardar, tiempo (*kairós*) de arrojar;
tiempo (*kairós*) de rasgar, tiempo (*kairós*) de coser;
tiempo (*kairós*) de callar, tiempo (*kairós*) de hablar;
tiempo (*kairós*) de amar, tiempo (*kairós*) de odiar;
tiempo (*kairós*) de guerra, tiempo (*kairós*) de paz.

4. Cf. J. MUILENBURG, «The biblical view of time», *The Harvard Theological Review* 54 (1961) 225-252; J. T. NELIS-A. LACOCQUE, «Tiempo», en *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, ed. Centro: Informática y Biblia abadía de Maredsous, Herder, Barcelona 1993, 1509-1511; A. PETITJEAN, «La concezione ebraica del tempo», *Rivista Biblica* 26 (1978) 401-421.

¿Qué saca el obrero de sus fatigas?

Comprobé la tarea que Dios ha encomendado a los hombres para que se ocupen en ella:

todo lo hizo bueno a su tiempo (*kairós*),

y les proporcionó el sentido del tiempo (*aiôn*),

pero el hombre no puede llegar a comprender

la obra que hizo Dios, de principio a fin (Qo 3,1-11).

Por otra parte, la Sagrada Escritura describe el arco temporal de la historia de la humanidad, desde la creación, en el Génesis, hasta la transformación definitiva de todo lo creado, en el Apocalipsis. Y la Biblia comienza y termina con unas afirmaciones temporales: «Al principio Dios creó el cielo y la tierra» (Gen 1,1); «Sí, vengo pronto» (Ap 22,20).

1.3.1. «*Chrónos*»

*Chrónos*⁵ define formalmente un momento, esto es, un espacio de tiempo con una duración precisa. De modo que *chrónos* significaría «tiempo» en el sentido más común del término: el tiempo en general, el tiempo en su curso, el tiempo que pasa.

En el Antiguo Testamento, que en hebreo corresponde a más de un vocablo, aparece unas 100 veces y unas 54 veces en el Nuevo Testamento.

En la concepción bíblica hay un tiempo –*chrónos*– para los hombres y otro tiempo –*chrónos*– para la actuación de Dios (cf. Gn 26,1.15; Is 54,9; Hch 1,21; 1Cor 7,39; Gal 4,1; 1Pe 1,17).

Sin embargo, este *chrónos* humano ha cambiado con el nacimiento de Cristo que ha entrado en nuestro tiempo: «Cuando llegó la plenitud del tiempo (*chrónos*)» (Gal 4,4). Ya que la aparición de Cristo lleva, de una vez por todas, el tiempo a plenitud, esto es, el tiempo de los hombres ha sido invadido por la acción divina, señalando un tiempo previo a Cristo y un tiempo después de él (cf. Hch 17,30; 1Pe 1,20; 4,1-3). Pero este

5. Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, 67-68; H.-Ch. HAHN, «Tiempo (*chrónos*)», en *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento IV*, eds. L. Coenen - E. Beyreuther - H. Bietenhard (Biblioteca de Estudios Bíblicos 29), Sígueme, Salamanca 1984, 272-276.

tiempo no es definitivo ya que esperamos «el tiempo (*chrónos*) de la restauración universal» (Hch 3,21).

1.3.2. «*Kairós*»

*Kairós*⁶ es un momento puntual, un instante privilegiado, una ocasión propicia.

Kairós, que corresponde al vocablo hebreo ‘*et*, aparece unas 300 veces en los LXX y en torno a 85 veces en el Nuevo Testamento. Los profetas aplican el término cuando hablan del día del Señor (cf. Jr 3,17; 4,11; 8,1; Dn 12,1). También aparece para señalar los momentos puntuales en los que Dios interviene en nuestra historia, para ofrecer su salvación, bien en el Antiguo Testamento, bien en el Nuevo (cf. Is 28,23-29; Jr 8,7; Ez 16,8; y sobre todo Sir 3; Mc 1,14; Lc 12,54; Lc 19,44; Rm 13,8; 2Cor 6,1...).

Fundamentalmente, en la teología bíblica se reserva *kairós* para indicar los dos acontecimientos más importantes de la historia de la salvación: la liberación del pueblo judío de la esclavitud que vivía en Egipto, en el Antiguo Testamento; la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios, en el Nuevo Testamento.

1.3.3. «*Aiôn*»

*Aiôn*⁷ indica la dimensión temporal de la vida humana, el tiempo vivido y el tiempo por vivir. Se refiere, por tanto, bien al pasado, bien al futuro.

En los LXX aparece unas 450 veces, y traduce el término hebreo ‘*ólan*, y en el Nuevo Testamento lo encontramos unas 100 veces. Hace mención a la duración del tiempo con cierta extensión.

En la literatura neotestamentaria, normalmente, Cristo marca la distinción entre el *aiôn* pasado, de pecado e imperfección, y el *aiôn* futuro, donde el pecado ha sido vencido y los justos reciben su premio (cf. Mt 12,32; Jn 3,15ss; 5,24; 17,3; Rm 2,7; 6,22-23; Gal 1,4; 4,4; 6,8).

6. Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, 55-62; H.-Ch. HAHN, «Tiempo (*kairós*)», en *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento IV*, 267-272.

7. Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, 62-66; J. GUHRT, «Tiempo (*aiôn*)», en *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento IV*, 262-267.

2. ¿Qué significa «santificar»?

De las cinco acepciones que el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española ofrece para la palabra «santificar», cuatro de ellas tienen un significado religioso:

1. Hacer a alguien santo por medio de la gracia.
2. Dedicar a Dios algo.
3. Hacer venerable algo por la presencia o contacto de lo que es santo.
4. Reconocer a quien es santo, honrándolo y sirviéndolo como a tal.

Y concretamente, las tres primeras son válidas para el tema que estamos abordando.

De un modo u otro, santificar nos remite a Dios, el único santo. Ya que la santidad es una de las características esenciales divinas, como ahora explicaremos. Y Dios hace partícipe al ser humano de su santidad. Así los hombres y mujeres son santificados, son divinizados.

2.1. La santidad característica esencial de Dios

Dios es santo. Más aún, en la revelación bíblica, el único santo. «Yo soy santo» (Lv 11,44), dirá de sí mismo. Y se definirá como Dios y no un hombre, siendo santo: «Yo soy Dios, y no hombre; santo en medio de vosotros» (Os 11,9). En esta misma dirección se sitúa la experiencia del profeta Isaías en su visión celestial donde los serafines que estaban delante del trono del Señor gritaban: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!» (Is 6,3). Aclamación que nosotros repetimos en cada misa como conclusión del prefacio que inicia la plegaria eucarística.

La santidad de Dios, característica esencial de él, se expresa principalmente como comunión de amor de la Trinidad. Dios es comunión de personas (*ad intra*) y crea comunión (*ad extra*). Dios es amor (*ad intra*) e irradia amor (*ad extra*).

2.2. La santificación del ser humano

El ser humano, creado para la comunión con Dios, creado por amor, está llamado a participar de la santidad de Dios.

Dios es santo y para acercarse a él es necesario santificarse. Así queda recogido en el Levítico «Yo soy el Señor, vuestro Dios; santificaos y sed santos, pues yo soy santo» (Lv 11,44). Y san Pedro, aludiendo a este texto del Levítico, invita a los cristianos a ser santos: «Lo mismo que es santo el que os llamó, sed santos también vosotros ... porque está escrito: “Seréis santos, porque yo soy santo”» (1Pe 1,15-16).

El capítulo V de la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II *Lumen gentium* desarrolla la vocación universal a la santidad en la Iglesia y el papa Francisco ha dedicado la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* a la llamada a la santidad en el mundo actual.

Los diferentes caminos para alcanzar la santidad pasan por los dos rasgos principales que hemos señalado que manifiestan la santidad de Dios: comunión con Dios y con el prójimo, y amor a Dios y al prójimo. Y esto se consigue, más que por nuestras propias fuerzas, «por la presencia o contacto de lo que es santo», como indicaba el mencionado *Diccionario de la lengua española* en una de sus definiciones de «santificar». Y este contacto se ha dado particularmente en el tiempo, en la historia humana que ha sido «tocada» por Dios mismo transformándola en historia de la salvación.

Dios «ha tocado» nuestra historia convirtiendo el tiempo de los hombres en tiempo salvífico. El Dios eterno, atemporal, ha pasado a ser el Dios con nosotros, Emmanuel (cf. Mt 1,23). El tiempo humano se ha convertido en tiempo sagrado.

En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación⁸.

La revelación bíblica no niega el tiempo del hombre, ni lo disuelve en la eternidad sino que le da una consistencia nueva y superior. De este modo coexisten eternidad y temporalidad, un hecho que la tradición denominó *aeviternidad* (de la unión de *aevum* –en su significado de tiempo– y de *aeternitas*)⁹.

8. JUAN PABLO II, Carta apostólica como preparación del Jubileo del 2000 *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), 10.

9. Cf. R. GUARDINI-L. BOUYER, *Cristo, nuestra Pascua. Liturgia y misterio*, ed. A. Berlanga (Cuadernos Phase 226), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2015, 43-47.

Así, Dios mantiene su atemporalidad y respeta nuestro tiempo. Las medidas del tiempo humano permanecen: horas, días, meses, años. Y también se mantiene nuestra vivencia del tiempo: lineal, circular, discontinua. Pero al introducirse Dios en nuestra historia, en nuestro tiempo, caminando a nuestro paso y revelando su santidad para santificarnos, «cada una de estas medidas está impregnada de la presencia de Dios y de su acción salvífica»¹⁰.

2.2.1. *El Antiguo Testamento: el tiempo de la preparación*

La Biblia recoge la progresiva revelación de Dios a la humanidad. El pueblo de Israel tiene la experiencia de un Dios que interviene en su historia, sus continuos *kairoi*. A diferencia de otros pueblos que se ponen en busca de la divinidad, el pueblo de Israel vive la experiencia contraria: Dios sale en búsqueda del ser humano, que ha creado, porque quiere reestablecer la amistad que el pecado había roto y compartir con él la plenitud de su vida. En definitiva, quiere santificarlo.

Así, Dios sale al encuentro de la humanidad por medio de la elección de Abrahán y lo pone en camino (cf. Gn 11, 1-3; 15, 1-5). Desde entonces Dios fue guiando al pueblo, constituido de la descendencia de Abrahán, hacia la tierra prometida. Y el pueblo experimenta la cercanía de ese Dios, por un lado todopoderoso, pero por otro cercano: Dios con nosotros, Emmanuel (cf. Dt 4, 7; Ex 33, 7. 9. 11; Sal 45 [46], 11; Sal 120 [121]; Is 41, 1-5; Is 43, 1-7). Cobra un valor especial la liberación de Egipto con la fiesta de la Pascua (Ex 12, 1-13), que repetirán anualmente para actualizar esa liberación (cf. Ex 12, 14. 24-25). Dios hace alianza en el Horeb (Dt 5, 2). Y le da sus normas y leyes (Dt 5, 1). Aunque les promete una alianza definitiva (cf. Ez 36, 24-28). En este proceso, Dios se va revelando al pueblo y progresivamente, les va comunicando su ser, les va haciendo partícipes de su vida, los va santificando.

2.2.2. *Cristo: plenitud del tiempo*

Cuando toda esta preparación llega a cumplimiento, Dios envía a su Hijo al mundo, para llevar a plenitud la historia de la salvación:

10. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 16.

Cuando llegó la plenitud del tiempo (*chrónos*), envié Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial (Gal 4, 4-6; cf. Lc 4, 16-21).

Esta intervención cumbre de la historia de la salvación ocurre en un momento concreto de la historia. Dios actúa en la historia entrando en nuestra historia. El anuncio del *Martirologio* del día 25 de diciembre resalta esta historicidad del nacimiento de Cristo, situándolo en referencia a diferentes hechos históricos:

Pasados innumerables siglos desde de la creación del mundo, cuando en el principio Dios creó el cielo y la tierra y formó al hombre a su imagen; después también de muchos siglos, desde que el Altísimo pusiera su arco en las nubes tras el diluvio como signo de alianza y de paz; veintinueve siglos después de la emigración de Abrahán, nuestro padre en la fe, de Ur de Caldea; trece siglos después de la salida del pueblo de Israel de Egipto bajo la guía de Moisés; cerca de mil años después de que David fue ungido como rey, en la semana sesenta y cinco según la profecía de Daniel; en la olimpiada ciento noventa y cuatro, el año setecientos cincuenta y dos de la fundación de la Urbe, el año cuarenta y dos del imperio de César Octavio Augusto; estando todo el orbe en paz, Jesucristo, Dios eterno e Hijo del eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su piadosísima venida, concebido del Espíritu Santo, nueve meses después de su concepción, nace en Belén de Judea, hecho hombre, de María Virgen: la Natividad de nuestro Señor Jesucristo según la carne.

El Antiguo Testamento es preparación para Cristo, culmen de la historia de salvación, centro y sentido de la historia:

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho (Jn 1,1-3).

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para

que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado (Ef 1,3-5).

Con Jesús se produce el *kairós* definitivo, que separa los eones del pasado y del futuro, modificando el *chrónos* de la historia. Y comienza el tiempo definitivo, el *aión* definitivo. De algún modo, el mismo Jesús lo afirmará cuando inicia su vida pública y comienza su predicación:

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo (*kairós*) y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,14-15).

El tiempo anterior al hecho redentor se comprende a partir de Cristo: «Todo fue creado por él y para él, él es anterior a todo y todo se mantiene en él» (Col 1,16-17).

Y con Cristo la revelación de Dios llega a su máximo esplendor. En Cristo se manifiesta de modo excepcional la vida divina. Cristo nos comunicó con palabras y nos mostró con hechos cuáles son los rasgos característicos de la vida divina, esto es, la vida en la que impera el amor y no el pecado y cuya síntesis la encontramos en las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). En el modo de proceder que Dios propone, no se actúa al modo humano sino al modo divino y Jesús explica de diversas maneras cómo procede Dios para que nosotros lo imitemos: invita a perdonar los pecados (como en la parábola del hijo pródigo o con el ladrón arrepentido); no se paga «ojo por ojo» sino se perdona hasta setenta veces siete; no se funciona con lógica pues un pastor que tenía 100 ovejas y se le pierde una, abandona 99 para buscarla; no se siguen los criterios humanos de las finanzas o de la economía, pues paga lo mismo al que trabaja desde primera hora que a quien ha llegado a trabajar al final del día; no se sigue el orden humano, pues los últimos son los primeros y los primeros los últimos; se tienen en consideración otros lazos humanos más que los de la sangre, pues indica que «mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». Todo esto se pone en práctica porque en el reino de los cielos seremos examinados del amor.

El modo de proceder de Jesús incomodaba a los dirigentes judíos que buscaban el modo de matarlo. Y así fue apresado en el marco de la fiesta de Pascua. Tras ser condenado a muerte, entregó su vida por amor, ratificando todo lo que de palabra había anunciado. Y como signo permanente de su muerte salvífica, transformó la cena de Pascua convirtiéndola en el memorial de su amor, instituyendo la eucaristía: el pan pasó a ser su cuerpo entregado por la salvación del mundo; el vino pasó a ser su sangre derramada en la cruz. Pero su muerte no quedó en el silencio. La vida regida por el amor, la vida según el proceder de Dios, no quedó ahogada por el pecado, por la vida según el proceder humano, sino que Cristo resucitó y fue glorificado.

Todo este recorrido de la histórica de la salvación está sintéticamente plasmado en la plegaria eucarística IV:

Te alabamos, Padre santo, porque eres grande y porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote solo a ti, su Creador, dominara todo lo creado. Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca. Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación. Y tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo. Para cumplir tus designios, él mismo se entregó a la muerte, y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida. Y porque no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, al Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo.

Así, con la venida de Cristo la revelación divina llega a plenitud, «esta etapa final» en la que Dios «nos ha hablado por el Hijo» (Heb 1,2). Con su encarnación y nacimiento, han llegado los últimos tiempos, la úl-

tima hora (cf. 1Jn 2,18). Cristo se convierte, por tanto, en Señor del tiempo¹¹.

En la liturgia de la vigilia pascual el celebrante, mientras bendice el cirio que simboliza a Cristo resucitado, proclama: «Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos». Pronuncia estas palabras grabando sobre el cirio la cifra del año en que se celebra la Pascua. El significado del rito es claro: evidencia que Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su encarnación y resurrección, para de este modo encontrarse de nuevo en la «plenitud de los tiempos»¹².

De modo que, tras su resurrección y ascensión al cielo, «se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la parusía»¹³, el tiempo en el que el señorío de Dios camina hacia un tiempo final, el tiempo definitivo de Cristo, hasta que como afirma Pablo: «Dios será todo para todos» (1Cor 15, 28).

3. La liturgia actualiza los «kairoi» divinos en el «chronós» humano

Jesucristo hizo partícipes de su victoria sobre la muerte a la humanidad entera. Los discípulos se contagiaron de su vida y de su fuerza tras la resurrección, como nos muestra el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Ahora bien, este importantísimo *kairós* de Cristo es necesario actualizarlo para que su fuerza salvífica siga operante en las generaciones cristianas a lo largo de la historia. La Pascua de Cristo ha acontecido de una vez para siempre (*ephápax*) pero cada vez que la celebramos (*osákis*) se actualiza la obra de nuestra redención (*anámnesis*)¹⁴. Esta categoría teológica que el cristianismo ha heredado del judaísmo rige la liturgia.

11. Cf. M. AUGÉ, *A través del Año Litúrgico. Cristo mismo presente en su Iglesia* (Biblioteca Litúrgica 49), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2016, 46-50.

12. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 10.

13. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 10.

14. Cf. B. NEUNHEUSER (A.M. TRIACCA), «Memoriale», en *Liturgia*, eds. D. Sartore – A.M. Triacca – C. Cibien, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, 1163-1180; A.M. TRIACCA, «Tempo e liturgia», en *Liturgia*, 1987-2001.

San Pablo nos la recuerda cuando describe la celebración eucarística:

El Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria (*anámnesis*) mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez (*osákis*) que lo bebáis, en memoria (*anámnesis*) mía». Por eso, cada vez (*osákis*) que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva (1Cor 11,24-26).

O como reza la oración sobre las ofrendas del domingo II del tiempo ordinario y de la misa de la cena del Señor del jueves santo: «... pues cada vez que se celebra el memorial del sacrificio de Cristo, se realiza la obra de nuestra redención».

La Iglesia actualiza a lo largo del año la historia de la salvación recordando las maravillas hechas por Dios, pero con una novedad absoluta: el misterio de Cristo. Así, «como ya sucedía en la religión de la antigua alianza, sigue sucediendo, aunque de un modo nuevo, en el cristianismo»¹⁵.

La peculiaridad del tiempo litúrgico consiste por tanto no solo en haber asumido el substrato religioso y el significado histórico salvífico del tiempo según la Biblia, sino sobre todo en la referencia al misterio de Cristo como acontecimiento central y como objeto esencial de toda fiesta o momento celebrativo. Por este motivo todo tiempo litúrgico es signo de Cristo y de su obra redentora en favor de todos los hombres que vienen a este mundo¹⁶.

La liturgia es actualización, memorial, anámnesis, conmemoración, re-presentación, bajo signos sacramentales, de la obra de la salvación y, particularmente, del misterio de Cristo.

15. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 10.

16. J. LÓPEZ MARTÍN, «La Liturgia de las Horas, santificación del “tiempo de los hombres”», en *Fovenda Sacra Liturgia. Miscelánea en honor del Dr. Pere Farnés*, Barcelona, Centre de Pastoral Litúrgica 2000, 281.

La liturgia cristiana no solo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El misterio pas-cual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio¹⁷.

La anámnesis es, por tanto, una conmemoración objetiva, una re-presentación y una actualización real bajo signos sacramentales, que porta de modo eficaz la gracia salvífica del acontecimiento al que se refiere.

De modo que, los *kairoi* divinos, y particularmente el misterio de Cristo, son actualizados por la Iglesia en la liturgia para que la santificación divina siga siendo operativa en los creyentes de cada época y lugar. En las celebraciones litúrgicas «tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio».¹⁸ De modo que, cada vez que celebramos la historia de la salvación se realiza la obra de nuestra redención¹⁹.

La Iglesia ... conmemorando así los misterios de la redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación²⁰.

Es por ello que «la Iglesia conmemora la obra salvífica de Cristo en días determinados del curso del año», desarrollando «todo el misterio de Cristo»²¹.

Ocupa un lugar primordial la resurrección de Cristo que es celebrada cada semana en el día del Señor, el domingo.

17. *Catecismo de la Iglesia católica*, 1104.

18. *Catecismo de la Iglesia católica*, 1104.

19. Cf. B. NEUNHEUSER (A.M. TRIACCA), «Memoriale», en *Liturgia*, eds. D. Sartore-A.M. Triacca-C. Cibien, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, 1163-1180; A.M. TRIACCA, «Tempo e liturgia», en *Liturgia*, 1987-2001.

20. CONCILIO VATICANO II, «Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963), 102.

21. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario*, 1; cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 102.

La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón «día del Señor» o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (1Pe 1,3)²².

Esta resurrección de Cristo se celebra junto con su pasión, una vez al año en el Triduo pascual. Principalmente, por el misterio pascual, esto es, su muerte y resurrección, Cristo «ha cumplido la obra de la redención de los hombres y de la glorificación perfecta de Dios ... por el cual muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida»²³. Es por tanto el punto culminante de todo el año litúrgico²⁴: al igual que el domingo tiene una preeminencia en la semana, la solemnidad de la Pascua la tiene en el año litúrgico²⁵. Además, a lo largo del año, celebra todo el misterio de Cristo, desde su encarnación y nacimiento hasta su ascensión, la efusión del Espíritu Santo y la espera de la venida gloriosa del Señor²⁶.

La Iglesia vive y celebra la liturgia a lo largo del año. El año solar está así traspasado por el año litúrgico, que en cierto sentido reproduce todo el misterio de la encarnación y de la redención, comenzando por el primer domingo de Adviento y concluyendo en la solemnidad de Cristo, Rey y Señor del universo y de la historia. Cada domingo recuerda el día de la resurrección del Señor²⁷.

La presencia salvífica de Dios en nuestra historia es actualizada por medio de las celebraciones litúrgicas, que como hemos explicado, realizan la obra de la redención. De esta manera santificamos el tiempo, transfor-

22. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 106.

23. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario*, 18.

24. Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario*, 18.

25. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 106.

26. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 102.

27. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 10.

mamos el tiempo humano en tiempo de salvación. Al santificar el tiempo hacemos que Dios actúe en nosotros y entramos en relación con él.

Santificar el tiempo quiere decir hacerlo *santo*, o sea, dedicarlo a Dios, reconociendo que le pertenece a él y que él lo ofrece a la humanidad como un espacio y una posibilidad para entrar en relación con él²⁸.

De entre todas las celebraciones litúrgicas destacan la Eucaristía y la Liturgia de las Horas.

Cada día se santifica por las celebraciones litúrgicas del pueblo de Dios, principalmente por el sacrificio eucarístico y el Oficio divino²⁹.

4. A modo de conclusión

La historia de la salvación, y particularmente la encarnación del Hijo de Dios, han transformado el tiempo astronómico y el tiempo histórico en tiempo salvífico. De modo que el tiempo humano (*chónos*) ya no es una sucesión de días, semanas, meses, años..., ni una sucesión de acontecimientos o un continuo retorno de la historia o una suma de diferentes momentos vividos, sino que se ha convertido en un momento privilegiado en el que, sobre todo a través de la liturgia actualizamos (*annámnesis*) el misterio de Cristo (*kairós*) cada vez (*osákis*) que lo celebramos. Vivimos ya en el nuevo tiempo (*aiôn*) que ha inaugurado Cristo en espera de su retorno glorioso, cuando el tiempo humano se introducirá plenamente en la eternidad de Dios.

José Antonio GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA
Sacerdote diocesano de Pamplona.
Doctor en liturgia.



28. LÓPEZ MARTÍN, «La Liturgia de las Horas», 286.

29. Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario*, 3.



**Monasterio de Benedictinas,
Zamora • España**